CAPITULO XI.

Solicitud singular que tenia el B. Sebastian en la asistencia espiritual de los enfermos.

Una de las mas gravosas y continuas taréas del B. SEBASTIAN por la salvacion de las almas era, la asistencia á los enfermos y moribundos. *¿Qué importan, decia, los sermones, las doctrinas, las confesiones, si faltamos despues en ayudar á nuestros prójimos en el punto mas peligroso de la muerte?* Tomando el espíritu y fuerza de esta consideracion, no habia obstáculo que pudiese detenerle, incomodidad, hora importuna, ni discursos de parientes; movidos siempre de necia piedad y de falsa prudencia; que pudiesen desanimarle, ó apartarle jamás de acercarse á los enfermos; por lo cual, no cuidando nada de su persona, y venciendo todo respeto humano, los visitaba con frecuencia, los disponia con suavidad á los Sacramentos, los exhortaba á la resignacion: y velando aun muchas noches á su lado, no mostraba nunca cansancio ni el mas pequeño fastidio; aunque muchas veces su extraordinaria caridad lo llevase hasta á limpiarlos de las mas asquerosas inmun-

dicias. El hermano Andrés Robbisni, que por muchos años fué portero nuestro, atestigua con juramento, que ejercitando él este oficio, á cualquiera hora del dia ó de la noche, que fuese buscado el Siervo de Dios para algun enfermo, estaba siempre muy pronto á contestar y conducirse á donde era solicitado; y aun muchas veces (y esto sucedia hasta en horas muy abanzadas de la noche) él mismo, en oyendo golpear la puerta, bajaba corriendo á la portería á responder, y al momento se encaminaba al lugar indicado. Ni rara vez sucedia, que volviendo á casa, apenas metido en la cama para tomar un poco de descanso, era llamado nuevamente por otro; y él, con su acostumbrada tranquilidad y prontitud, se volvia á levantar y tornaba á salir. Seria muy difuso contar aquí todo aquello que él supo hacer, y las luces particulares que para esto tuvo de Dios; pero tampoco es conveniente callarlo todo.

Al principio del siglo pasado, cuando los nuestros estaban en guerra con los francéses, y el mismo Turin sitiado, no pueden describirse las cosas que en tales circunstancias obró SEBASTIAN. No eran tan prontamente trasladados los heridos al hospital militar, cuando él con todo amor los recibía, los animaba y forta-

lecia con los santos Sacramentos. No contento con esto, temiendo siempre que alguno muriese en el mismo lugar de la refriega, giraba solícitamente al rededor de los baluartes, ocurriendo luego al primer lamento que percibía; y tambien, olvidándose de sí, se detenía en aquella misma calle donde por los continuos cañonazos habia mayor peligro; y allí mismo exhortaba á hacer actos de contricion, confesaba y asistia á aquellos miserables, que eran víctima del furor de la guerra. Los ajusticiados igualmente tuvieron bien en qué conocer el amor que SEBASTIAN tenia á sus almas. No hubo uno solo á quien no dispusiese, ó en la capilla á recibir los Sacramentos, ó sobre el patíbulo á resignarse á la muerte. No fueron pocos los que, queriendo morir desesperados é impenitentes, rehusaban obstinadamente todos los socorros de la religion; pero, en semejantes casos, no cayendo de ánimo el buen Padre, redoblando sus cuidados, obtenia de una manera admirable mudarles el corazon y convertirlos. Toda una noche se fatigaron muchas personas en disponer á la confesion sacramental á un reo sentenciado á muerte, el cual, no dando jamás señal de querer rendirse ni sujetarse, estaba firme en su obstinacion: cerca de amanecer se pensó en

llamar al Beato VALFRE, esperándolo todo de la santidad de su vida; y un tal Morfino, platero, fué por él. Llegado este á la Congregacion; siendo todavia noche; tocó á la portería; y abriéndole; diciendo que tenia que hablar una cosa importante con el Padre SEBASTIAN; como que era conocido y frecuentaba la casa, pudo libremente dirigirse á su aposento: pero cuando él se acercaba á la puerta, en el acto que iba á tocar, oyó que el Siervo de Dios, desde el aposento cerrado le decia: *volveos, entretanto, que luego voy y lo confesaré.* Morfino, que á ninguno habia dicho á lo que iba, quedó atónito con estas palabras; y sin abrir la boca partió, atribuyendo el caso á una luz sobrenatural que el Beato habia tenido de Dios; en cuyo juicio quedó mucho mas confirmado, cuando llegado á la capilla, vió poco despues venir al Padre SEBASTIAN, el que apenas entró, dijo á todos los asistentes, que arrodillados hiciesen un poco de oracion, á fin de obtener de Dios la conversion deseada. ¡Cosa admirable! No habian pasado sino pocos momentos que se oraba, cuando aquel miserable, vencido de la gracia divína se levantó, y vuelto todo compungido á VALFRE, le dijo: *¡ah! Padre mio, ayudadme, que yo quiero hacer una buena confesion*

para morir como cristiano. La hizo en efecto; y tan súbito cambiamiento se tuvo de muchos por prodigio. Tambien fué maravilloso lo que le pasó en el hospital real de la caridad. Yendo un dia á él en compañia de un estudiante, despues de haber confesado á algunos en el piso superior, se encaminó por cierto departamento retirado, donde tenia que confesar á algunos otros: entrando en un aposento, desde donde se pasaba á la sala en que estaban los enfermos, iba SEBASTIAN libremente seguido de su compañero, el cual, despues de algunos pasos se detuvo, y prontamente se hizo atrás para no caer en un precipicio que estaba allí; porque, no habiendose terminado todavía la fábrica, faltaba en un cierto lugar el pavimento. Entretanto que este, descolorido, se horrorizaba por aquella profundidad, vió que el Siervo de Dios caminando sobre el aire como sobre un suelo firme, llegaba á las otras salas, donde para llegar él, debia hacer un largo rodéo. Encontrandose poco despues el estudiante con Juan Bautista Salino, Capitan de caballeria, contóle este suceso, todavía asustado del peligro que habia corrido: Salino, que conocía bien la santidad de SEBASTIAN, sin maravillarse mucho le dijo: *Modicae fidei ¿quare dubitasti? Debiais haber tenido fé, y tambien hubierais caminado por el aire como el Padre Valfré.*

El Cura de Perno, Marco Antonio Garresio de Verduno, iba un dia por Turin en compañía del Padre SEBASTIAN, el cual de improviso se paró á la puerta de una casa en la plaza de S. Cárlos, y despues de haber dado un suspiro, dijo con el mayor empeño: *Señor Garresio, presto, presto entrad aquí; subid hasta el último piso de esta casa, y pasad hasta sobre el techo.* Dichas estas palabras, corrió apresuradamente el sacerdote al lugar indicado; y allí encontró á una pobre muger, que yacia sobre una poca de paja, reducida á agonia sin ninguno que la asistiese. Comenzó al momento á escitarla á un acto de contricion, y despues de haberla absuelto, haciéndole la recomendacion del alma, espiró tranquilamente. Concluido su oficio, Garresio, bajó de allí, y se reunió con el Siervo de Dios que lo habia estado esperando, y luego que este supo lo que habia pasado, le dijo: *ahora que hemos ganado una alma á Dios, podemos contentos proseguir nuestro camino.* No muy desemejantes á este son los dos casos que siguen. Mientras el Padre Agustin Agnesio administraba nuestra parroquia, el B. SEBASTIAN, una vez, dos horas casi despues de la media

noche, fué á su aposento, y lo hizo levantar luego diciendole: que un moribundo tenia necesidad de su asistencia. Levantóse al momento de su cama el párroco, y mientras se vestia le preguntó ¿quién era el enfermo, y en qué lugar habitaba? A cuyas preguntas solamente oyó le contestaban, que *anduviese aprisa, y se fuese por la calle nueva, que allí lo encontraría.* Aunque no quedase satisfecho el Padre Agnesio con tal respuesta, siendo muchísimas las casas de aquella larga calle, y demasiada la gente que la habitaba; sinembargo, movido de la veneracion que profesaba al Siervo de Dios, se dirigió allá apresuradamente, y hallándose casi al fin de ella, habia ya pasado la iglesia de Santa Maria Magdalena sin hallar persona alguna de quien pudiese recibir la noticia: estando en esto vió abrir improvisamente una puerta y salir fuera á una muger, á la cual saliendole él al encuentro le preguntó, ¿si por ventura sabia que hubiese por allí algun enfermo? *Si,* respondió ella con voz asustada, *es mi marido, á quien le ha atacado ahora un mal gravísimo; y yo me he sentido movida de buscarle un sacerdote.* A lo que el Padre contestó: *vedme aquí; vamos allá, que cabalmente por él he venido.* Y, subiendo la escalera, halló á un viejo

casi agonizante, el cual, consolándose á la vista de su párroco, se confesó, y á poco tiempo espiró.

En el año de 1676 fué mandado de Baviera á Turin el Conde Buenaventura de Usberg, para dar el pésame de la muerte de la Princesa Adelayda Enrriqueta de Saboya, á la Duquesa Regente, viuda de Cárlos Emmanuel II. Apenas llegado allá el Conde, fué atacado de una fiebre tan maligna, que en pocos dias le quitó la vida. La duquesa, para manifestár su particular aprecio á tal personage, mandó á dos de su corte, esto es á Cristobal Faletti y Sabino Antonio Pasteris, á que le prestasen toda clase de servicios. Cumpliendo estos escrupulosamente la órden soberana, ni de dia ni de noche se apartaban del enfermo. Por el 23 de Abril, siguiendo él en el mismo estado, y no apareciendo ninguna señal de muerte inminente, ácia la media noche se reunieron en una pieza inmediata, á tomar un poco de descanso con Claudio Carrera, que tenia á su cargo el palacio en que moraba el Conde: cuando, hé aquí, que ven presentarse á SEBASTIAN, pidiendoles noticia del enfermo. Sumamente maravillados de aquella visita y en tal hora, no sabian entender, como estando cerrado el palacio pudiese él ha-

ber entrado hasta allí: mucho mas atónito quedó Carrera, como que habiendo él cerrado las puertas, tenia junto á sí las llaves; y para asegurarse siempre mas de la cosa, mientras los dos cortesanos acompañaban á la cama del Conde á VALFRE, quiso ir á reconocer todas las puertas, y las halló todas (así las habia dejado) cerradas muy bien con llave. Entrado, pues, el Siervo de Dios al aposento del enfermo, y habiendose acercado á él, le preguntó en lengua francésa, ¿como se sentía? El, respondiendo súbitamente en la misma lengua, le dijo: *ó mi amado Padre, Dios os ha mandado aquí, porque tengo necesidad de vuestra ayuda*: y prosiguiendo á hablar, respondia el enfermo á cada pregunta; oyéndolo aquellos dos, que por algun tiempo, vencidos de la curiosidad, se habian quedado fuera, junto de la puerta: y declara Faletti, que mientras duró la cena, pasando de cuando en cuando hasta la puerta de aquel aposento, para ver si se ofrecía algo de nuevo; siempre, con admiracion suya, los oía hablar de cosas espirituales: *y esto*, así habla, *me causaba tanto gusto, que me parecía oir á dos ángeles del Paraiso.* De esta suerte pasaron las otras pocas horas de aquella noche. Habiendo amanecido, y salido de allí SEBASTIAN, sin decir nada á ninguno, los asis-

tentes se dirigieron solícitamente al enfermo para saber como se hallaba; pero, apenas pusieron el pié en la recámara, le vieron ya muerto, con la cara cubierta y el Crucifijo sobre el pecho. No puede decirse si se entristecieron sumamente, sabiendo bien la herida que esa muerte iba á causar en el ánimo de la Regente: si admiraron al mismo tiempo mucho mas la grácia singular que habia recibido el Conde: ó si tal suceso confirmó en mas alta manera la opinion de santidad, que siempre habian tenido de nuestro Beato. Así este acontecimiento como el pasado nos demuestran bastante, haber querido Dios salvar esas dos almas; y por esto haberles facilitado prodigiosamente (como aparece con claridad de las circunstancias) la asistencia casi necesaria en aquel punto terribilisimo, del que depende la eterna suerte del hombre. Para escribir otra prueba de las luces extraordinarias que tenia SEBASTIAN, para conocer el estado y la necesidad de los enfermos, añadiré: que una tal Dominga Catarina, teniendo dolor de costado, complicada con fiebre maligna con petequias, en pocos dias fué reducida al último término de la vida. Recibidos todos los Sacramentos y entrada en agonia, el Padre Jacinto Alberto Gheuzzy, y el Sacerdote Antonio de Fi-

lippi (párroco uno y vicario el otro) le hacian la recomendacion del alma; y ya por haberle faltado la respiracion, creyéndola muerta, se habian hincado todos los asistentes á rezarle el *De profundis:* en aquel punto llegó el Beato SEBASTIAN, el cual, al acercarse con precipitacion al lecho de la enferma, venia repitiendo: *no estará muerta; no estará muerta: será un accidente;* y estendiendo la mano sobre la cabeza de ella, la llamó por dos distintas veces. Abrió los ojos la muger, y confusa y espantada díjo: *¿es posible que yo iba á condenarme, por no haber tenido quien me sugiriese un acto de contricion?* Llenos de maravilla y terror cuantos estaban allí, permanecieron inmobles de rodillas, mirándose unos á otros, sin proferir palabra; y volviéndose á VALFRE la enferma, prosiguió: *¡ah Padre! al momento de mi muerte, cuando yo creía con seguridad salvarme, Dios me ha manifestado en una vision, que yo me habria condenado por soberbia.* Queria decir mas; pero comenzando él á amonestarla paternalmente, hizo que se arrepintiese de corazon de todas las culpas cometidas; y habiéndola confesado despues, se retiró: entretanto se deshacian todos en lágrimas por las cosas que habian presenciado.

CAPITULO XII.

Limosnas del B. Sebastian á los conventos, á los establecimientos piadosos, y á los pobres de todo lugar y condicion.

Hemos visto en el Capítulo primero, que el B. SEBASTIAN manifestó, desde la infancia, un tiernisimo amor á los pobres. Al crecer en años, creció tambien en él esta piedad, de manera, que fué generalmente tenido por su Padre y universal Protector. Así puntualmente lo llamó en su muerte el Rey Victorio Amadeo II. El cómputo de las limosnas hechas por él, ascienden á un millon y seiscientos cincuenta mil francos, de la moneda que actualmente corre en Turin. Las órdenes mendicantes, los hospitales públicos, las familias enteras, los pobres, en una palabra, de toda edad y condicion, en todas las provincias del reino, fueron largamente socorridos por él; y si alguna vez se hallaba en estado de no poder dar nada, la vista de las miserias agenas le oprimia de tal manera el corazon, y le causaba tan profundo dolor, que llorando de compasion y desahogándose en suspiros, redoblaba sus instancias á los ricos; pe-

ro mucho mas sus oraciones á Dios, para obtener y dar á todos remedio, subsistencia y auxilio. En este Capítulo no referiré, sino únicamente aquellas cosas que podrán dar á conocer á todos, de qué manera y con qué prontitud se ocupaba el Beato en socorrer á los miserables.

Los Frailes Hermitaños de San Agustin, que tenian en aquel tiempo la direccion espiritual de las cárceles del Real Senado, habiendo recibido muchas veces grandes sumas de dinero de las reales cajas, fueron á dar gracias al gefe de ellas; pero este les manifestó quién habia sido el verdadero autor y promovedor de aquellas abundantes limosnas, diciendoles: *vayan y dén gracias al P. Valfré; él ha sido su abogado, y su verdadero bienhechor.*

Encontróse SEBASTIAN un dia fuera de la ciudad con los estudiantes de los Menores Observantes, vulgarmente llamados allá de Santo Tomás, y por el amor que tenia á los Religiosos se acompañó con ellos, y con suaves maneras se informó de sus estudios, de los ejercicios de piedad, y de su diario alimento: y entendida la miseria en que estaban, les prometió al despedirse les mandaria pan y vino. Diéronle todos las gracias; pero uno añadió: que

cuantas veces quisiese hacerles alguna caridad, les seria mas provechoso recibir, en lugar de pan y vino, algun aceite para alumbrarse, y papél y plumas para escribir. Alegró al caritativo SEBASTIAN la sencilléz y el buen deseo de aquel estudiante, tanto mas, cuanto conoció que su peticion habia sido bien recibida por sus compañeros: así es que, apenas llegó á la Congregacion, les mandó todo aquello; y desde entónces hasta que murió, continuó en hacerlo frecuentemente en beneficio de aquel Convento.

Al real hospital de la Caridad, el cual albergaba casi á seiscientas personas, le proporcionó socorros extraordinarios, yá de la generosidad de Victorio Amadeo II., yá de la liberalidad de muchos ricos; y tal vez, á expensas propias, renovó toda su lienceria; y (lo que no se habia visto hasta entónces) introdujo allí maestros que enseñasen á leer y escribir: hizo, en fin, tantos beneficios á aquel lugar, que en su muerte aquellos pobres, así como todos los demás, lloraron sin consuelo, como si hubiesen perdido un hermano ó un amorosisimo padre.

Habiendo observado que en el hospital de San Juan Bautista, para dar lugar á nuevos enfermos, despedian muy pronto á los convalecientes, los cuales, por falta de buenos alimen-

tos y de asistencia, recaían con frecuencia mas gravemente que ántes; con una parte de la herencia de la Marquesa de Villa, dispuso se fundasen para ellos veinte camas, é hizo poner otras cuatro para los incurables. Esta obra tan recomendable, introducida por su ejemplo, se ha aumentado mucho mas con los legados de muchos piadosos bienhechores.

Su liberalidad para con los enfermos de las casas particulares no era menor, procurando proveer á todos de medicinas, de alimentos, de camas, y de personas que los asistiesen: y en las visitas de estos (si una grave necesidad no lo obligaba á otra cosa) ocupaba, para no ser visto, las horas mas incómodas del dia ó aun las de la noche. A cuyo propósito cuenta el Padre Juan Bautista Buscati, vice-párroco nuestro, que habiéndose dirigido ácia el amanecer á ver á una enferma pobrísima, supo de ella, que en la noche le habia llevado el P. VALFRE una olla de caldo y un haz de leña.

José Antonio Zelati, jovencito de poca edad, fué una tarde con otros compañeros suyos á jugar á un lugar inmediato á nuestra casa, á donde, de algunos dias á esa parte solia ocurrir á pedir limosna un hombre sucio, llagado y tan horroroso, que daba náusea solamente mirar-

lo. Sucedió entónces, que cerca del anochecer, el P. VALFRE, que creía no ser visto de nadie, vino, se acercó al pobrecillo, y habiendole abrazado lo puso sobre sus hombros, y lo sacó de allí. Curioso Zelati de ver á dónde lo llevaba, quiso seguirlo, y le vió entrar en una casita detrás del palacio del Marqués Tana, y queriendo saber todavia mas, se informó de un carpintero vecino de aquel lugar, el cual le respondió: *lo ha llevado á la casa de una pobre viuda: este hombre de Dios hace muchas caridades de estas; pero tú harás mejor en retirarte, porque él no quiere ser visto.*

Para tener siempre que dar, tenia el caritativo Padre en un aposento, trigo, arróz, legumbres y otros comestibles; y tambien vestidos de hombre y de muger, camisas, calzones, retazos de paño y de tela, sábanas, colchas, zapatos y demás: las cuales cosas distribuía él mismo, y hacia distribuir por otros: y es de notar, que socorria á todos con tanta prontitud y tranquilidad de ánimo, que si hubiese tenido que proveer en un dia á mil personas de diversas cosas, á todas, sin turbarse, satisfaria completamente: y si se acordaba de noche, que un solo pobre habia quedado sin socorrer, se levantaba al momento, aunque estuviese acostado, y ó iba él mismo, ó mandaba á otros á remediar su necesidad.

El año de 1678 y los dos siguientes, fueron de tal carestía en todo el Piamonte, que las gentes venian en tropas de todo el Estado á Turin á implorar socorro. Las miserias de tantos traspasaron el corazon del amorosisimo Padre, quien se ocupó al momento en buscar trabajo á los sanos, y en colocar en los hospitales á los débiles y enfermos. Dirigióse á las casas de los nobles y ricos, presentóse á la Duquesa Regente; y alcanzó de todos copiosisimos socorros; de tal manera, que en un dia pudo reunir á mas de tres mil pobres en el patio del arsenal, y repartirles un pan de veinte onzas y diez sueldos á cada uno. Ni faltaron otras muy manifiestas pruebas de su ardiente caridad. Dos años ántes de su muerte, despues de haber explicado en público la doctrina cristiana, se le presentó un pobrecillo, con solo un pedazo de camisa en el cuerpo; (era entónces lo mas fuerte del invierno); y temblando todo, le pidió socorro. Viéndole en tan deplorable estado, hízole señal de que le siguiese, lo condujo al Oratorio parvo, y despojándose allí de la ropa interior, se la dió para que cubriese su desnudéz; cuya heroica obra de misericordia faltó poco para que le costase la vida; porque no pudiéndose defender del frio, fué atacado de un costipado tan fuer-

te; (tenia en la actualidad muy cerca de ochenta años); que le duró por muchas semanas. Eran frecuentisimas sus visitas á las cárceles, donde no fué jamás sin socorrer á aquellos infelices. Los compadecia en sus penas, los exhortaba á la resignacion; y cuando encontraba á alguno mas desdichado que culpable, se empeñaba en que fuese abreviado su proceso, y se interponia tambien con el Soberano para obtenerle el perdon. Estaba arrestado en el Castillo de Yurea el Cura de Castelamonte, acusado calumniosamente; y despues de mas de un año que se hallaba allí, se veía reducida su salud á mal estado, sin que ninguno pensase en libertarle, ó á lo menos en hablar á su favor. Su afligidisima madre, reducida casi á la desesperacion, se dirigió á Turin, y buscando al P. VALFRE, le contó por sus pasos la desgracia de su hijo. Al ver las lágrimas de la desventurada muger, se enterneció el buen Padre, é informado del deplorable caso, ocurrió al momento á los primeros ministros y al mismo Duque; y fué tal su empeño, que dentro de tres dias, reconocida la inocencia, quedó en libertad y restituido á su grey el perseguido pastor.

Los esclavos de la ciudadela (los galeotes) se olvidaban de sus cadenas siempre que veían

á este hombre caritativo y benéfico: salianle alegres al encuentro; escuchábanle con docilidad; amábanle como hermano, y lo respetaban como padre. El tambien procuraba que se usase con ellos de toda caridad, que fuesen aliviados en sus trabajosisimas taréas, y que algunas veces fuesen consolados con algun alivio y descanso. Por tal motivo, muchos de estos infelices, á quienes no habian servido ni las amonestaciones, ni las pláticas, viendo tanto amor y tanta liberalidad ácia ellos, convertian su corazon á Dios; y de ociosos y malvados, pasaban á ser muy diligentes y buenos cristianos.

Tierno y compasivo con los artesanos que no podian vender sus manufacturas, pasaba él mismo á sus tiendas á comprar algunas cosas, sin tener necesidad de ellas, y las pagaba todas á un subidisimo precio, aun sobre el pedido del vendedor. La cual cosa singularmente hacia con los pintores, libreros y semejantes; señalándoles además á los mismos, una cierta cantidad de pan y otros alimentos en las principales fiestas del año; esperando que con este auxílio se ocuparian con mayor gusto en la santificacion de aquellas solemnidades. *Socorramos á los artesanos*, solia decir; *porque de esta*

suerte están resignados á la voluntad de Dios, pacientes en las tribulaciones; no se descuidan de santificar las fiestas, y salvan así sus almas.

Padre universal de las viudas, de los huérfanos y pupilos, los socorria con larga mano, y los defendia de las opresiones de los poderosos; recurriendo frecuentemente al efecto á la suprema autoridad, ante la cual tambien se empeñaba, para que los forasteros venidos de las provincias, pudiesen con prontitud despachar sus negocios, y no sufriesen con una larga demora en Turin, graves perjuicios, ni consumiesen, como él decia, *la parte mas líquida* de su substancia. „Vosotros, Señores Caballeros, que es„tais en la Corte, y teneis relaciones con los „Magistrados, podeis hacer grandes caridades sin „gastar un real. Vienen aquí de todas partes „del Estado, personas que no saben á quien „dirigirse, ni á quien recomendarse para reci„bir justicia; podreis vosotros asistirlos é influir „en que sean atendidos en sus justas demandas. „He aquí un cúmulo de méritos para la otra „vida.” Así hablaba á los cortesanos y á todos los poderosos nuestro Beato.

Finalmente, con las familias de antiguo lustre caidas en bajo estado, y con las doncellas expuestas á peligros, no solo liberal, sino (por

decirlo así) pródigo, podia llamarse VALFRE. Habiendo entendido que una noble muger viuda, con dos hijas casaderas, vivia con mucha honestidad, y no tenia con qué pagar el alquiler de la casa; haciéndola llamar, le dió cien escudos de oro. A una familia en que habia tres jovencitas, las cuales por causa de la miseria estaban en algun peligro, les dió mas de seiscientos escudos, para que casándose las tres, pasasen en gracia de Dios su vida. Una doncella nobilisima, habiendo caido por igual motivo en una falta grave, doliéndose sumamente SEBASTIAN del suceso, y temiendo nuevas caidas, ocurrió al Banquero Lorenzo Quaglia, hombre rico y liberal con los pobres, y apenas le dijo tener necesidad de dar el dote á una jóven noble, recibió de él mil escudos, que sirvieron á casarla convenientemente; y así pudo proveer á el alma y al honor de aquella, que vino á ser ejemplo y espejo de madres de familia.

Dos cosas me parece deben notarse aquí: la primera, que VALFRE queria que la caridad fuese ordenada; habiendo muchas veces, aun en la mayor necesidad, rehusado limosnas de los ricos, cuando sabia haber pobres en los lugares en que ellos tenian sus bienes. La otra, que él fué constantemente generosisimo, aun con aquellos

que lo habian burlado, y abusado maliciosamente de sus beneficios. Y esto servirá para conocer, qué peso debe darse á las escusas de los que dicen, no hacer limosnas para no fomentar la ociosidad de los vagamundos, los cuales podrian, si quisiesen, trabajar y ganarse el pan. Escusa es esta llamada vana por San Juan Crisóstomo, y propia de aváros que con tal pretesto quieren cubrir su avaricia. Recuerden estos, que Dios no será Padre amoroso, sino Juez severisimo con aquellos, que teniéndo escrúpulo de dar una corta limosna para no fomentar el ócio, no tienen escrupulo de gastar largamente en banquetes, en teatros y disoluciones.

CAPITULO XIII.

Modo extraordinario con que el Beato Sebastian hallaba limosnas y conocia las necesidades de los pobres.

Es cosa ciertísima, que la mayor parte de las limosnas hechas por el B. SEBASTIAN, se deben reconocer como emanadas de la piedad de las personas ricas, que le daban mucho dinero, seguros de que lo distribuiría mejor que otro ninguno. Ni se debe olvidar, aquel que la Duquesa Regente y el Rey Victorio Amadeo po-